

El vado ilegal de Río Grande

FRANZ-OLIVIER GIESBERT

JEFF Fields, de treinta y seis años, "supervisor". Es uno de los 2.200 policías de las fronteras americanas. Lleva años expulsando, noche y día, a los ilegales, a esos mejicanos que entran en los Estados Unidos sin documentación. Una noche, después de una apuesta, detuvo, junto con un compañero, a cien de ellos en las calles de El Paso (Tejas). "Es muy fácil localizar a esos infelices —dijo, con la mirada baja—. En cuanto ven un uniforme tienen miedo y se nota. Sólo hay que meterlos en chirona —tose después—. Le juro que se puede coger a todos los que se quiera".

Su coche se paró de repente. Un grupo de jóvenes acaba de atravesar el río Grande: es la línea de demarcación entre Tejas y Méjico. Jeff Fields avisa por radio a sus colegas apostados más allá. Cinco "presas" más... Al final de la jornada habrá atrapado a cuarenta en total. No hay nada de qué pavonearse: dentro de unas cuantas horas, los policías de la frontera les obligarán a volver, y en cuanto lleguen a su casa, volverán a probar suerte.

El año pasado, en El Paso, la Policía fronteriza expulsó a 150 ilegales. En total, en los 5.000 kilómetros de frontera méjico-americana, expulsó a cerca de un millón. Según los policías, cinco veces más pasaron por las mallas de la red, y con frecuencia para instalarse definitivamente en Estados Unidos. Así es como está naciendo una México, América en América. Después del "black power", el "poder negro", antes del final de la década de los 80, la comunidad hispánica será la primera minoría del país, delante de los negros. ¿Por qué se precipitan los chicanos hacia el Norte? Para comprenderlo, basta con atravesar el puente (alambrado) de Santa Fe, que separa El Paso de Ciudad Juárez, en Méjico. En unos cuantos metros se pasa de una sociedad de abundancia al cuarto mundo. Un choque: la ciudad está llena de mendigos, de listados y de chóferes de taxis de color marrón que le ofrecen putas de trece años a setenta duros la cita. Está claro que el país de Pancho Villa revienta de demografía galopante. ¿De qué sirve colocar barreras?... Serán

arrasadas por estas gentes descalzas. Caso de vida o muerte.

La Policía fronteriza ha hecho levantar una verja entre las dos ciudades. "Todo lo contrario del muro de Berlín —como dijo con tristeza Jeff Fields—, puesto que es para impedir que la gente entre". Se le llama "la cortina de tortilla". Es un colador. Todos los días, los ilegales hacen agujeros en el alambre...

Llegan de las provincias más alejadas de Méjico, totalmente decididas a escaparse de la miseria y de los patronos. Para conseguir un permiso de trabajo en Estados Unidos hace falta esperar siete años. Ellos no tienen tiempo para esperar. No saben dónde van, pero se marchan allí, con su paso de campesinos testarudos. Antes de atravesar la línea de demarcación se amontonan generalmente en las colonias de las ciudades fronterizas mejicanas, rodeadas de cuchitriles de cartón. Ahí salen en busca de un "pasante" que, por treinta mil pesetas, como mínimo, los tomará a su cargo y les buscará trabajo en Estados Unidos. Se le llama "el coyote". Sin duda, porque generalmente es una persona familiarizada con el desierto, quizá también porque a veces ocurre que algunos de ellos sangran a sus clientes antes de atracarlos. Los futuros ilegales lo encuentran normalmente en la noche en

los bares o en las plazas públicas.

Los ilegales corren un gran riesgo: cruzar la frontera puede ser peligroso. Cuando las aguas de río Grande, un río pequeño y caprichoso, suben de golpe, suele ocurrir que quedan sumergidos y se ahogan. Los temerarios prueban suerte en el desierto, que se extiende hasta perderse de vista, alrededor de El Paso, y caminan días enteros bajo el ardiente sol. La paz de las arenas de Tejas es grande. Su maldad no lo es menos. Están llenas de espinas, de escorpiones, de serpientes de cascabel y de cactus saltadores que le atacan a uno en cuanto se les acerca. No todos los chicanos llegan a su destino. Y no siempre son esqueletos de apaches del siglo pasado las osamentas que se descubren, a veces, entre dos arbustos secos, en medio de nada...

Esto no es todo. ¿Quién dijo que el hombre era un lobo para el hombre? Escuchemos a Jesús, de diecinueve años, dueño de un garaje en El Paso, que cruza la frontera varias veces por semana. "He nadado en el río Grande con la crecida, he escalado muros de muchos metros de alto. Todo esto no me ha dado ni frío ni calor. Es por los hombres por los que siempre me siento amenazado". ¿Cuáles? Primero por los de la Migra, la Policía fronteriza mejicana, que a veces exigen rescate a los ilegales. Después,

"los piratas del desierto", que, por la noche, atacan a sus compatriotas mejicanos. Ciento treinta ataques en un año, en lo que se llama "la zona de combate", entre Tijuana y San Diego (California). Al alba, los enfermeros de ambulancias sacan a veces cadáveres del cañón, bien llamado, del Hombre Muerto. Por fin, el último peligro: los agentes de la Border Patrol americana.

Un material sofisticado

Estos a veces tienen el gatillo flojo. En California, las "equivocaciones" son frecuentes. El año pasado, David Khron disparó dos veces a la espalda de un ilegal. El Tribunal le absolvió... por legítima defensa. Otro policía, Dan Gole, abrió fuego sobre dos jóvenes que intentaban escaparse de él, corriendo, a varias decenas de metros, hacia la frontera mejicana. También él apuntó a la espalda. Balance: un muerto. A cambio, la Border Patrol americana recibe a veces piedras. En El Paso, la tensión aumenta a menudo, una vez una niña de ocho años fue brutalmente repatriada a Juárez, sin un duro y sin su madre, ya que los policías habían decidido tenerla encerrada por más tiempo.

Si la Border Patrol se pone tan nerviosa, a veces, es porque está haciendo una guerra, que prácticamente ya ha perdido de antemano. Un nuevo Vietnam donde no cosecha más que fracasos y humillaciones: de San Diego hasta El Paso, es la ofensiva diaria del Tet. "No somos suficientes y estamos saturados de trabajo", dijo el policía Nike Williams. Los



policias, sin embargo, tienen el material más sofisticado del mundo, como antaño los soldados del general Westmoreland. Helicópteros, sistemas electrónicos de detección, aparatos de rayos infrarrojos que, bajo el mandato de Johnson, sirvieron para localizar el paso de los "viets" siguiendo la pista Ho-Chi-Minh. Pero, ahí de nuevo, la mejor tecnología no puede hacer nada frente a esta fuerza misteriosa que se llama voluntad.

Estos latinos, la mayoría de los cuales son mejicanos, son los nuevos pañoleros de América. Desde que declararon su independencia, los Estados Unidos siempre han tenido una gran hambre de mano de obra. Necesitaban mano de obra en abundancia: para la cosecha de los frutales y de los campos, para las obras y las minas. Primero importaron negros de Africa. Luego, después de la guerra de Secesión, chinos, irlandeses o polacos. Ahora le ha llegado el turno a los hispanos, con preferencia sin documentación.

El hispano suele estar mal pagado, alojado en condiciones inhumanas y, por supuesto, suele ser sumiso. Criada para todo en El Paso, Carmina, una pequeña cocinera, hábil, por ejemplo, recibe un sueldo de 500 pesetas diarias. Sus "amos" han instalado una cama, en el garaje, malamente acondicionado. Tiene como consigna no hablar con ningún extraño ajeno a la familia, bajo pena de despido. Lo soporta obedientemente: es una ilegal. La tratan bien. Los partidarios de la esclavitud, es verdad, siempre han tenido cuidado de no romper la herramienta y el "mex-americano" es una herramienta de primera. Un trabajador pertinaz y frugal. Los hortelanos de California o los granjeros del Middle West los reclaman: "Ellos, por lo menos, saben trabajar. Los otros simplemente valen para recoger la Seguridad Social". Opinión tanto de los blancos como de los negros...

Sus mujeres suelen vender su sangre en los hospitales. Sus hijas, a veces, van a Los Angeles a rodar películas pornográficas. Los obreros agrícolas mejicanos, en algunos casos, viven en condiciones de esclavitud, ya abolidas por la declaración de la emancipación de 1863. Su patrón les engaña de buena gana cuando llega la hora de pagarles.

Pero he aquí que la democracia americana siempre ha tenido debilidad por los inmigrados, y no les falta razón, hasta incluso por los indocumentados. Los ilegales tienen casi todas las ventajas del ciudadano, menos el dere-

cho al voto y algún otro. Por ejemplo, pueden entablar un juicio contra su patrón por despido abusivo, e incluso a veces lo ganan.

Tortillas y tequila

Mejor aún: ningún político nacional se ha atrevido todavía a levantar la voz para pedir que se devuelva a los ilegales a su tierra. Por el contrario, todos, desde Jerry Brown a Ronald Reagan, pasando por Jimmy Carter, cortejan a los "mex-americanos". Todo el mundo es consciente, aparentemente, de que traen sangre fresca que puede regenerar las arterias bicentenarias de los Estados Unidos de América. "Legal o no — como dijo el 'Wall Street Journal' —, esta oleada ha enriquecido a la civilización norteamericana". Sí, ellos, los hispánicos, no se enriquecen, pero están asentándose en el país, con su tortilla y su tequila y su lengua. Quince canales de televisión ya difunden programas sólo en español. Tienen periódicos propios en todas las grandes ciudades. Y, sobre todo, poco a poco, van sacando partido del "american way of life". Sacrilégio: en los restaurantes Fast Food de Texas o de California, los burritos o los tacos están desbancando a la inevitable hamburguesa.

Está claro que se trata de una explosión. En Denver, los hispanos representan ya el 22 por 100 de la población. En Chicago, cuando uno pasea por el barrio de Pilsen, cree que está en Méjico. Los mismos colores, los mismos olores... En Florida, los refugiados cubanos han convertido Miami en una ciudad en su mayoría hispánica, cabeza de puente de los Estados Unidos sobre América Latina. Si usted se pierde, pregunte el camino en español.

Hoy, los latinos son unos 20 millones, incluyendo los ilegales, o sea, el 10 por 100 de la población de los EE. UU., y a gran parte de ellos les repugna fundirse en el gran "melting pot" americano. El problema hispánico es una bomba de relojería que acabará estallando un día, creando movimientos separatistas, igual que en Canadá o en Bélgica.

Nadie logra creerlo. Ni tan siquiera la Policía de la Border Patrol, que intentando hacer que se respete la ley y expulsando a los inmigrados contradicen a la estatua de la Libertad, bajo la cual hay escrito: "Dadme vuestras gentes cansadas, pobres y amontonadas que quieran respirar libremente"... ■ © LE NOUVEL OBSERVATEUR-TRIUNFO, 198

YA ESTA A LA VENTA

TIEMPO de HISTORIA

AÑO VI
NUM. 66
125 PSETAS

VAZQUEZ MONTALBAN

LENIN LA REALIDAD Y EL DESEO



Director: EDUARDO HARO TEGLEN

En su número 66, TIEMPO DE HISTORIA incluye estos temas:

- LENIN, LA REALIDAD Y EL DESEO, por Manuel Vázquez Montalbán.
- JOSE MALDONADO, EL ULTIMO PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA, por María Ruipérez.
- NO-DO: EL MUNDO ENTERO (MENOS ESPAÑA) AL ALCANCE DE TODOS LOS ESPAÑOLES, por Inmaculada Gómez Mardones.
- VICISITUDES Y PENALIDADES DE LA PRENSA ESPAÑOLA DE 1936 A 1979, por Eduardo de Guzmán.
- UN TRISTE DESTINO PARA LAS ESCUELAS PIAS, por Manuel Izquierdo.
- UNA REVOLUCION TRAICIONADA: TIRADENTES, por Nelson Martínez Díaz.
- UNA ANTOLOGIA DE LA CANCION LIBERTARIA ITALIANA, por Eduardo de Guzmán.
- NAPOLEON EN SU VOZ, por Fernando Díaz-Plaja.
- ESPAÑA 1950: Selección de textos y gráficos, por Diego Galán y Fernando Lara.
- LA GENTE DE LE CARRE, por Ramiro Cristóbal.
- UNA FEMINISTA SOLITARIA: JUANA INES DE LA CRUZ, por Dulcinea Bellido.
- LIBROS: "América Latina, nuevos enfoques", "Santiago Ramón y Cajal o la pasión de España", "De la Semana Trágica al 20-N", "El Ogro Filantrópico", reflexiones sobre el poder.

TIEMPO de HISTORIA